

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD "B" 2/3 de Junio del 2012

Tal vez la más conocida de nuestras breves oraciones tradicionales, 'el Gloria al Padre', es también la cual la que le damos la menor importancia. Inmediatamente podemos identificar 'el Padre Nuestro' y 'el Ave María', que tienen pasajes conocidos del Evangelio. El rezo 'Gloria al Padre' pertenece a la familia de textos que llamamos "doxologías"-fórmulas de alabanza. Nuestra enrique herencia es del nombrar a Dios el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La más grande de estas doxologías es la que se reza al concluir la Plegaria Eucarística en la celebración de la Misa. Cuando el pan y el vino han sido consagrados, y se han transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, se alzan juntos en ofrenda a Dios, entonces, el sacerdote proclama "Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos". Los presentes reunidos dan su asentimiento a esta doctrina fundamental de fe en Dios al decir en lo que popularmente se conoce como el "Gran Amén." El conocido himno de Navidad de los ángeles que comienza con "Gloria a Dios en el cielo", posteriormente se expandió en un canto de alabanza a la Santa Trinidad, y que se usa en las liturgias de todos los Domingos, y fiestas importantes del año; con excepción de los Domingos de Adviento y Cuaresma. Esto es también otro ejemplo de una doxología.

La celebración de este fin de semana, en donde Dios es revelado como la Santísima Trinidad, que después de las celebraciones de Domingos pasados, como el Nacimiento de Jesús, su Pasión, su Muerte, su Resurrección, su Ascensión y el regalo del Espíritu Santo, no es esto una especie de "juego mental teológico" de la Iglesia que tenemos que resolver, pero más bien una invitación a reflexionar no solo en la naturaleza y personas de Dios, sino también en nuestra participación en esta vida divina. Las lecturas de hoy nos ayudará a desenmascarar este misterio, el cual es a la vez dentro y fuera de nosotros.

En la primera lectura del Deuteronomio, el autor habla en la persona de Moisés proclamando la majestad y trascendencia de Dios. Al mismo tiempo habla de Dios que se esfuerza en alcanzar a los seres humanos; estas criaturas formadas en la divina "imagen y semejanza", y que Dios los invita a una relación, a través de la alianza que comenzó con Abraham sellada por medio de Moisés y el pueblo de Israel a través del acto de salvarlos de la esclavitud cuando salían de Egipto hacia la libertad para la tierra prometida. El pueblo de Israel, así como nosotros, que compartimos con el mismo

llamado divino de Dios y con la misma fe de Abraham, sabemos que podemos mantener esta alianza con Él a través de la observancia de los Diez Mandamientos.

En la segunda lectura nos encontramos con la fundamental naturaleza de Dios: que es amor. Amor sigue siendo sólo una idea, al menos que se le dé expresión. Desde toda la eternidad, Dios ha estado derramando un amor desinteresado en la persona del Hijo, quién es "la imagen de Dios" (II Cor. 11:7). En el tiempo este amor se hizo visible al mundo cuando Dios se unió a sí mismo a nuestra humanidad en la persona de su Hijo, Jesús. En nuestra naturaleza humana Dios experimentó la plenitud de nuestra vida, incluso yendo a la muerte. Sin embargo, el poder de la muerte no le fue posible de mantener eternamente cautiva la fuente de vida, Dios. Levantando y glorificando el cuerpo humano de Jesús, Dios nos unió a sí mismo por el vínculo de amor que une a sí mismo como el Padre y el Hijo en amor recíproco, Él mismo como persona, el Espíritu Santo. A través de los sacramentos de la Iglesia, el bautismo, la confirmación y del continuo compartir en la vida divina a través de la Sagrada Eucaristía, dado a nosotros por Jesús, recibimos y somos llevados a una íntima comunidad del amor de Jesús, del Padre y del Espíritu Santo, y así llegar a ser " hijos e hijas de Dios "(Rom 8:14).

En el Evangelio hemos escuchado esta expresión fundamental de nuestra relación con y en Dios. Igualmente importante, escuchamos el mando claro de Jesús: "Ustedes lo recibieron sin pagar, denlo sin cobrar" (Mt. 10:8). Como aquellos que han experimentado y aceptado la invitación de la alianza de amor y la relación en la comunidad divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora somos enviados ahora a continuar la obra de Dios, a través de Jesús en el Espíritu Santo por ser testigos y por invitar a todo el mundo que nos encontramos a la vida y intimidad que hemos encontrado en Dios. Cada uno de nosotros es un "evangelista", un testigo viviente del evangelio. Evangelizamos a través de nuestro diario compromiso de amar a los demás con el mismo amor que hemos recibido de Dios. Nuestras palabras diarias, acciones de compasión, justicia, y perdón son los medios por los que Dios vive y actúa en nosotros. En esto, nuestra propia vida se transforma en una doxología, la alabanza de Dios.

"Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Padre Jim Secora.